

# La memoria extremeña del aire

## ARROYOMOLINOS DE LEÓN

Mancomunidad de Municipios  
Sierra Minera

### El sentido del tiempo

de algunos pueblos está vivo, tangible en algunas de sus obras. Estos pueblos de la Sierra Norte de Huelva debieron de tener tiempo para todo, y si no para todo, sí al menos para dejar claro que los días no deberían pasar sin dejar huellas. Y así como hay ciudades y pueblos que se pasaron siglos levantando un acueducto, un castillo, un puente, una fortaleza, hay pueblos pacientes que se pasaron tanto tiempo levantando cercas de piedra que rodearan sus fincas, piedras que iban restándole a la tierra que labraban, de tal manera que la tierra era provechosa incluso en lo que no servía para la labor.

Hay pueblos pacientes que, sin ser pueblos artistas, son artesanos, siquiera. Hay pueblos que supieron trazar un caserío, escoger una plaza, seguir una labor en las telas, en algunas plantas del campo, en algún aprovechamiento del lugar... El forastero ha comprado bastones en algún sitio, sólo porque sabía que los hacían los viejos del lugar, quienes lo aprendieron de los viejos pastores que, por entretenerse, empezaron a hacerlos. El forastero ha comprado paños de tela porque vio cómo los hacían unas mujeres; y ha comprado palmas rizadas cuando vio rizarlas a una muchacha; y ha comprado barro que vio modelarlo a un alfarero...

La pena del forastero es que en Arroyomolinos de León no puede comprar lo que quisiera llevarse para el patio de su casa: cualquier empedrado, incluso el menos artístico. Labor de paciencia, de años, muchos años, que se necesita, primero, buen gusto, y sentido, y paciencia, mucha paciencia, para ver cómo una calle de doscientos metros de larga va empedrándose de piedras del mismo color, más o menos, entre las

ANTONIO GARCÍA BARBEITO  
" PUEBLOS EN MANCOMUNIDAD"  
DIPUTACIÓN DE HUELVA

2006 , 280 PÁGINAS

LA PAZ.

que se intercalan, en la misma alineación, piedras de otro color que forman dibujos de buen gusto que, además, rompen la monotonía del suelo. El forastero levantaba una calle de éstas y la acostaba en la entrada de su casa, o en su calle, le cambiaba la piel a su calle. Tiene la Sierra Norte huelvana -y también otros lugares- un monumento en sus calles. Arroyomolinos lo ofrece, dura, firme, brillante alfombra de bienvenida, como si acabara de hacerla. Hay pueblos que adornan una vez al año sus calles, lo hacen con flores, dibujos de flores para que pase la procesión de Su Majestad; Arroyomolinos lo hizo una vez para siempre, para que pase todo el que pase por el pueblo.

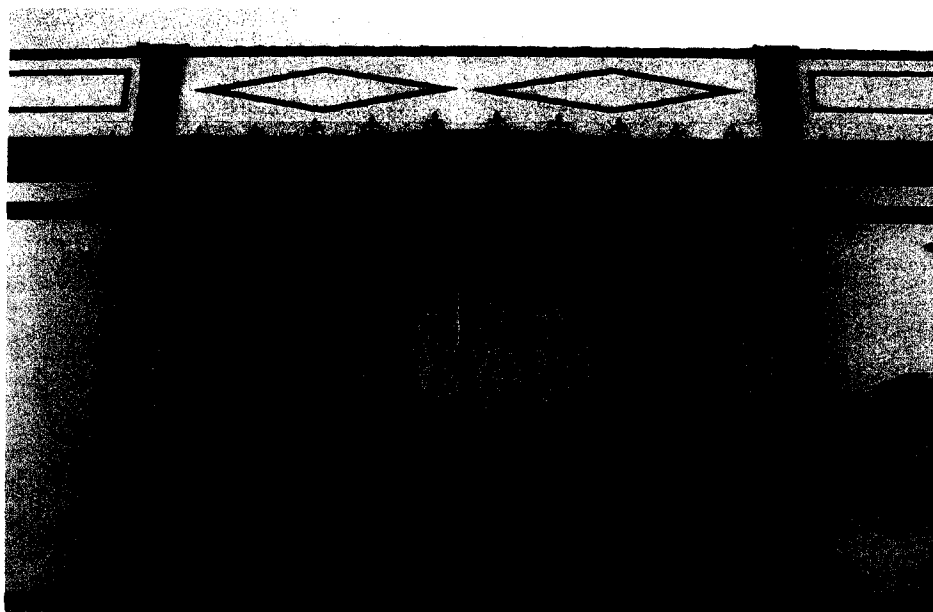
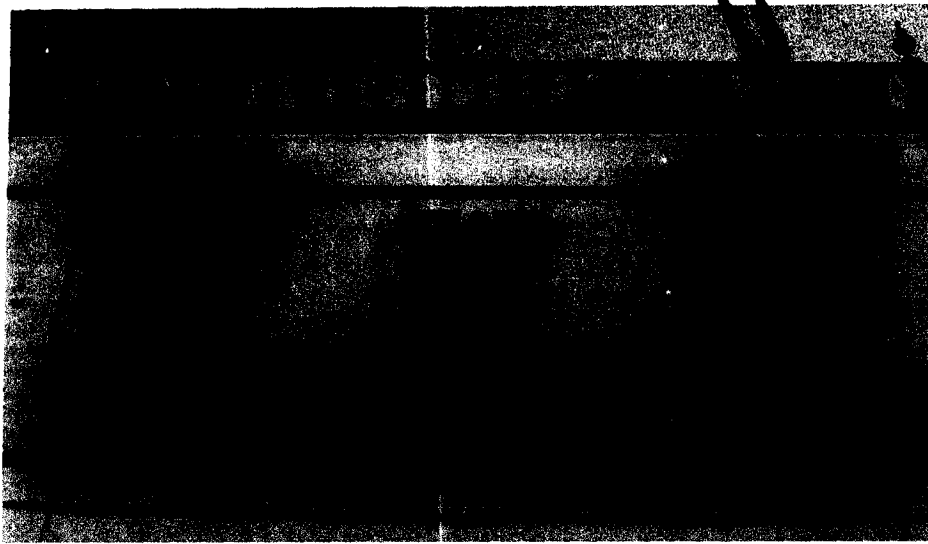
Qué coqueta, qué íntima, qué cercano blancor andaluzado en sus formas, qué alta pequeñez, qué centro de devoción es la ermita de Nuestra Señora de los Remedios. Arquitectura popular andaluza del siglo XVII, como si ya hubiese pedido entonces Arroyomoli-

nos hacerse andaluza, como si ya empezara -que empezó- a andaluzarse en esta ermita. Y qué claro lo tienen los arroyencos:

*Patentes puertas del cielo,  
Salve que al enfermo sana,  
Patrona y remediadora  
Este pueblo a ti te llama.*

A la derecha de la ermita, según se entra al recinto, sobre un par de piedras, una Cruz, y en la Cruz, en el crucero, escrito *La pasión de Cristo*, y entre pasión y Cristo, un corazón con una cruz arriba y, dentro, tres clavos; en el árbol, de arriba abajo, *1987 Santa Misión*.

Dentro, unas muchachas preparan el vehículo en el que la Virgen irá a la romería. Y, por preparar, incluso pican frutas para la sangría a la que invitarán. Porque esta romería *no se parece a ninguna, es la mejor, porque se hace como antiguamente, todo el mundo andando o a caballo y mucho baile y muchos vivos. Usted tendría que venir.* Claro que



BALCONES. DE CARMELA DARNAUDE CAMPOS, ETC.

sí: el forastero tendría que pasarse no un año, varios, disfrutando del calendario festivo de la provincia de Huelva, y digo varios años porque muchos pueblos celebran su fiesta el mismo día o el mismo fin de semana. Sólo para ver todas las Cruces y romerías, ¿cuántos años necesitaría el forastero?

Es el tercer fin de semana de mayo, y aquí en Arroyomolinos hay una impaciencia de vísperas propia de cualquier sitio que tiene centrado su más importante festividad en una patrona. Aquí, la Virgen de los Remedios es punto y aparte, por no decir todo. También celebran San Antonio, el 13 de junio; y el carnaval, y un vía crucis en Semana Santa, y una verbena por Santiago, el 25 de julio, pero aquí la Virgen de los Remedios es la Virgen de los Remedios. En el boletín que han editado para las fiestas de este año, que nos lo regalan gustosamente los hermanos muchachos

que preparan la romería, descubrimos que hay una mayoritaria —por no decir única— participación de mujeres. Porque la Virgen de los Remedios tiene Hermana Mayor este año, y es Justa Carrasco, y escriben versos a la Virgen otras mujeres como Rosalía Romero y Antonia Silva, y Ángeles García Escobar, y, oh, rareza, un hombre, Manuel Valero.

Todos andando o en caballo, camino de la romería. Habrá fiesta grande de baile, cante y convivencia cuando lleguen al lugar llamado *La Mezquita*. Pero antes, por la mañana, todos, a pie o a caballo —que hay muchos caballistas en Arroyomolinos, que incluso tienen una peña caballista, *El Arreón*—, se irán ante la iglesia parroquial, que lo es de Santiago, que luce varias cruces de Santiago en su fachada, y allí orarán ante el simpecado, y cantarán una salve acompañada por el tamborilero. Y de allí a la ermita, una ermita que

res, y a la dehesa, por un precioso paisaje serrano, a vivir y a convivir. La *pará* en *Mariprao*, la copita de rigor y camino adelante, a vivir, a vivir la patrona, la fiesta, el mes de mayo que se viene, caluroso y abierto, hasta estas tierras anchas y generosas.

Extremeño fue Arroyomolinos de León —una de las cinco villas de la Encomienda Mayor de León—, y se hizo andaluza, huelvaña, en 1834, que su trabajillo costó, que Arroyomolinos no quería soltarse de su calidad extremeña, que eran muchos años en ese mapa. La reconquistaron en el XIII, y cuando se suprimió la Orden del Temple, Arroyomolinos fue repoblado por la Orden de Santiago —la del Priorato de San Marcos de León— entre 1230 y 1250. Los nuevos habitantes eran gentes de León, de Zamora, de Salamanca, que llegaron a Arroyomolinos por la Ruta de la Plata.

Gran mestizaje: origen extremeño, conquistada y reconquistada, repoblada por castellanos y bautizo huelvano, andaluz, al final, en el XIX. Cruzada por la carretera, a un lado y otro se abre, se extiende Arroyomolinos de León, sereno y hondo. Y alto. Hay que subir por calles limpiísimas, perfectas de trazado, hasta el lugar donde está la iglesia de Santiago. Merece la pena. No sólo la iglesia, un XVII muy sencillo, sin grandes detalles pero equilibrado en sobriedad, con dos torres-espadañas en distintas fachadas —en una de ellas, la principal, reloj y campana, y sobre la espadaña de la campana, un nido de cigüeñas; en la otra, fachada lateral, sobre una puerta que juega a mudéjar en su forma, espadaña de dos huecos mellizos y campanas desiguales y, arriba, un campanil. Pero no sólo la iglesia destaca; tanto como ella destaca el suelo, el empedrado: piedras blancas con tiras en piedra negra le dan una fortaleza y una belleza al suelo que pocos pueblos serranos tienen.

Ha sabido —paciencia y buen gusto— Arroyomolinos de León ser propio en la identidad del suelo de sus calles, este empedrado que será árabe o cristiano.

Quien ande Arroyomolinos tiene que mirar cada paso que dé, mas no por guardarse de los arroyencos sino por disfrutar de esa obra artesana sin igual que el pueblo ofrece al paso del visitante. Otro azulejo en la fachada de la iglesia: *Iglesia parroquial de Santiago el Mayor* Y bajo esto, una frase: *Muéstrame si puedes, tu fe sin obras, y yo con mis obras te mostraré la fe.* No, no se refiere el letrado a la obra, tan paciente, de colocar piedras y cantos rodados en las calles arroyencas. Es algo más espiritual, mucho más. Pero conste que Arroyomolinos, con la obra de su empedrado, nos muestra la fe del pueblo en perpetuar una obra maestra.

A más de seiscientos metros de altitud, con un término de ochenta y siete kilómetros cuadrados, muy lejos de la capital —a ciento setenta y dos kilómetros de Huelva- y poco más de mil habitantes, Arroyomolinos de León, ayer extremeña, hoy andaluza desde el XIX, huelvaña de Sierra Norte y siempre interesante en lo paisajístico, lugar ideal para perderse, lejos del mundanal ruido, se abre —porque se abre- generosa y bella, empedrada y blanca, silente y limpia, devota y festiva, para la necesidad del viajero.

También le suena al forastero, con son y sabor de aceite, el nombre de Arroyomolinos de León. Tierras ricas, aunque calladas; pueblo hondo, aunque callado. Y alto, alto de iglesia y de plaza. En la plaza ante la iglesia, íntima, pequeña plaza de arriates y bancos, donde se levanta en un pedestal, cuasi fuente, cuasi obelisco, un ramo de farolas, otro azulejo. También le suena al forastero. Es un azulejo que recoge la forma de un juego, y lo cuenta. Lo que aquí en Arroyomolinos le llaman *La reja*, el forastero lo conoce por *La ventana*, pero es lo mismo. Lo explica el azulejo: *Todos se suben a una reja. El que se la queda debe conseguir la que queda libre cuando el resto se intercambian.* Quizá quisieron decir *el que se queda*, o sea, el que se queda sin reja. Parecido juego tuvo el forastero en su infancia, aquel juego de ventana que se alargaba en las noches de su barrio con una cadena de chiquillos enlazados por

FUENTE

las manos, hasta que llegaba el salvador y los soltaba...

Cuando la tarde empieza a caer por la calle Cerro, por la calle Carrera, por todo el pueblo, la limpieza y el silencio transportan al forastero a su niñez, y más ahora, tras leer el juego de la reja. Pasa una muchacha hermosa, el pelo largo y rizado, tostado, como una gavilla de trigo madura —trigo de mayo alto- y pasa jugando con una chiquilla que lleva de la mano. Va cantándole algo, no sabe el forastero si una canción de ayer, de hoy, de nunca, de siempre... Sabe a pueblo Arroyomolinos. Una cigüeña, cansada en su vuelo, llega al nido sobre la torre de la iglesia antes de que la noche desoriente.

Pasan dos muchachos a caballo, haciendo a las bestias a la romería, que será mañana. Pasan y los cascos de los caballos suenan más musicales sobre el empedrado artístico, como si los equi-

dos hubiesen emergido de las mismas piedras. Y al poco, cuatro, cinco muchachas pasan, alegres y dispuestas, y van cantifoneando, mal que bien, unas sevillanas que al forastero, aunque no le suenan, le enternecen:

*En un rincón de la Sierra  
hay una ermita dorada,  
tá jecha de corazones  
a una Virgen Soberana...*

El forastero saca la libreta y toma nota, justo cuando las niñas acaban la copla...

*...Pobres son sus elementos  
para tan gran majestad,  
pero nuestro amor, hermanos,  
hace un trono de su altar.*

...Y el forastero lo cree a pie juntillas, porque ya vio con cuánta devoción mimaban la ermita de la Virgen de los Remedios...

# Clave de sol

## CALA

Mancomunidad de Municipios  
Sierra Minera

### Loco

le llamarán al forastero quienes le vean andar por estos pueblos en las siestas de fuego de finales de junio. Otros años el verano empezó a hacerse en julio, y aunque amagara en la primera quincena de junio, se apagaba con unos chaparrones o unos vientos frescos. Aunque el refrán diga que *hasta el 40 de mayo no te quites el sayo*, si el refrán viniera por aquí, seguro, diría marzo, en vez de mayo.

La Ruta de la Plata es también, en parte, la Ruta del Jamón. Cala se encla-

va ahí, que para eso tiene dehesas en las que los cerdos ibéricos se crían de la mejor manera, y seguro que saben curarlos —no con este sol, claro— en las umbrías de los secretos serranos. Cuando el forastero ve el encinar que es todo él una sombra que defiende sus últimos verdes, quisiera ser porquero, al menos en esta hora en la que anda por Cala como un repartidor de sol. Para colmo, a la orilla de la carretera, cerrado, como casi todos los comercios, como casi todas las casas, un letrado parece ponerle título a sus tardes serranas: *Café Pub Clave de sol*. Clave de sol, sí, pero no es musical el acierto, es solar, canallamente solar. El sol es la clave, necesariamente.

Cuando el forastero se entera de que en Cala eran famosos los ladrillos romanos de su suelo —unos ladrillos es-

ponjosos, duros, muy ligeros, magníficos aislantes y muy útiles para no sobrecargar las construcciones—, deduce que, aunque los utilizaran sin cocer, estarían cocidos, si los dejaban siquiera un par de horas expuestos a este sol. Eso lo cuentan Vitrubio y Plinio, que Roma dejó su huella por aquí, incluso huellas anteriores hay. Los lugares de terrenos ricos en minerales fueron las delicias de muchos pobladores. No sabe el forastero si los árabes utilizaron estos ladrillos para levantar su pequeña fortaleza. Lo que sí eligieron bien —como siempre, como todos— fue el sitio: un cerro a las afueras de la actual población, un cerro desde el que se domina mucho término. En la Sierra, el dominio de la vista era crucial para divisar al enemigo, siempre terrestre.

El castillo, que los árabes utilizaron para defenderse de los cristianos, conquistada la plaza por éstos para, a su vez, defenderse de las incursiones portuguesas. Lo que pasa es que a esta hora, poco más de las cuatro y media de la tarde, el forastero sigue creyendo que el mejor castillo está allá abajo, en las dehesas, por donde vagan, siempre a la sombra de los alcornos, algunos animales de pezuña.

Desiertas las calles, derruido por dentro el viejo cuartel de la Guardia Civil —como en muchos sitios, cuartel de la Guardia Civil y casa de los Peones Camineros se levantaban a orillas del camino o la carretera—, de entrada, la impresión del pueblo es de estar habitado. Pero sigue el silencio, la sensación de vacío, de ausencia. Por una calle-camino vallada de piedras y escoltada de olivos y alcornos, el forastero busca la ermita de Nuestra Señora de Cala. Y piensa, como en tantos otros sitios, qué sería de algunos pueblos si no tuvieran una razón religiosa, una Virgen, un santo, un Cristo al que acercarse, con el que justificar unas fiestas.

La ermita, blanca y con vivos pintados de ocre, es la sencillez misma en su fachada, más que el cuerpo posterior. No lo parece, al verla, pero está aquí desde el siglo XIII. Estilo románico en

VENTANA. CAMINO. PERROS.

transición al gótico —una singularidad en la provincia— que se supone construida sobre un templo de época romana. Antigüedad hay, pues, en las primeras hue-llas de Cala. Una sencillísima espadaña con un campanil y, a la derecha, según se mira la fachada, unas dependencias que parecen más antiguas que la fachada. Tras ésta, el tejado y el remate que asoman sí derrochan apariencia de ve-jez. Entre la puerta y el campanil, una cruz, y entre la cruz y el campanil, un azulejo con la imagen de la patrona. Mandada a construir por Fernando III en 1248, con tropas a las órdenes de Pelay Pérez Correa. De esta fecha, siglo XIII, data la repoblación de inmigrantes procedentes de tierras leonesas.

Dicen que Cala quizá derive del tér-mino grecorromano *Callentum*, que significaría *hermosa*. Y hermoso es, en

verdad, su término. Y hermoso su casti-llero, y hermosas sus dehesas, que se pier-den en la inigualable paz de sus alcorno-cales y encinares. Cuando el forastero abandona el recinto donde se levanta la ermita —y siente tentación por perderse por una de las sendas que parten desde allí, porque se huele el verdor, el frescor-, cuando enfila el pueblo observa un sen-cillo pero llamativo humilladero. Una cruz sobre un pedestal labrado en ladri-llero y blanqueado, firme pedestal por donde el aire de este sitio se persigna.

Calles de piedra que incluso ofrecen un capricho de hileras de piedras ne-gras entre las blancas y le dan al suelo un aire de raíles, como una estación sin tren y sin estación. Vías desnudas y, co-mo las calles mismas, desiertas. Más adelante, plantada en el centro de la calle, con la autoridad que entonces

tendría como abrevadero y aun como abastecimiento público, una fuente con un largo pilón. Mas ni la fuente habla; no se atreverá, temerá quemarse su chorro bajo este sol. El agua del pilón, cuasi verde, es un dormido espejo don-de se miran los aleros de las casas pró-ximas. Calles empedradas, de muy cui-dado empedrado. Y allá al fondo, en lo alto, los restos del castillo. Ladera por donde se derraman —o pretenden subir— árboles frondosos y sendas que serpen-tean hasta la fortaleza.

Quizá porque Cala perteneció a la provincia de Sevilla hasta principios del XIX —lo fue hasta 1812—, la magnífica iglesia de la Magdalena tiene un estilo de mudéjar sevillano. Iniciaron su cons-trucción a mediados del siglo XIV, y la completaron entre los siglos XVI y XIX. *Iglesia de tres naves con cubierta de madera, con uno de los dos únicos ar-tesonados mudéjares auténticos que se conservan en la provincia de Huelva.* La torre empieza mudéjar, pero no aca-ba tal: en el conjunto se mezclan los es-tilos, y el neogótico y el neoclásico amontonan sus formas en un conjunto que resulta, aunque extraña ver tantos remates y tan distintos. Las que no pa-recen muy preocupadas con el origen de las construcciones son las cigüeñas, que lo mismo construyeron un nido en la espadaña de la fachada neogótica que en el chapitel de la torre que em-pieza mudéjar. Hasta cuatro cúpulas cuenta el forastero, que ya, a esas ho-ras, no sabe si ve lo que ve o es un es-pejismo producto del solazo.

Cala le sonaba al forastero por la mi-na: Minas de Cala. Los primeros que las explotaron fueron los romanos, que los romanos se ponían a escarbar y daban con las vísperas de la Creación. Metal, poder. Dos mil años más tarde seguían las explotaciones mineras. Pero ya las minas de la provincia de Huelva son montones ceñidos de bancales en los que brilla el silencio y el sol, que señala piedras como si fueran monedas. Re-cuerda el forastero, allá por sus diecisie-te años, a una familia de Cala que, al morir la madre, se asentó en el pueblo

donde el forastero vivía. Era un padre, fantasioso y dado al vino, y dos hijos. Con el más pequeño, Jorge, trabajó el forastero en otra *mina*, una almazara.

Vendrán a Cala las fiestas cuando septiembre celebre las Vírgenes, el día ocho. En el polígono industrial instalarán una gran carpa de casi dos mil metros cuadrados, y allí se irán los del pueblo a convivir, bebidas, comidas y orquesta, en unos días distintos. El forastero, que tiene a un lado el polígono y al otro el castillo, piensa en las vueltas que dan los tiempos: ayer Cala tenía una fortaleza para defenderse y aun para vivir en ella, y hoy, muchos siglos más tarde, con tanta modernidad y más dinero, levanta una carpa. Si los fantasmas árabes que habitarán el castillo miran de noche la fiesta, creerán que los suyos han vuelto y han instalado jaimas para una acampada o para una celebración. Y si además esa noche hay en el cielo media luna... Pero la luna, el sol, la Luz que alumbra la noche septembriana de Cala es la imagen de Nuestra Señora de Cala, la patrona, cuando sale en procesión por las calles del pueblo.

Si el forastero no sale del calor, los caleños parecen aquerenciados con el verano, porque si en septiembre se dan a la fiesta de la patrona —y hay septiem-  
bres más calurosos que julio—, en agosto, en la mitad, celebran las fiestas del patrón, San Roque. En esta ocasión, además, se trata de una romería. Irán los del pueblo al sitio de *Tres Encinas*, a unos tres kilómetros del pueblo, camino de Santa Olalla. El sábado celebran misa en la ermita de la Virgen de Cala, pero en honor del santo —mucho ojo, a cada uno lo suyo—, y de allí es llevada la imagen de San Roque hasta el citado paraje. Va incluso la banda de música, y los romeros, hasta el último alfiler: traje típico de romería, o sea, las mujeres, vestidas de flamenca, y los hombres, si van a caballo, de traje corto. El forastero supone que no todos irán así, que hay quien prefiere presumir menos y sufrir menos. Y a disfrutar.

No conoce el forastero el paraje de

#### ACUEDUCTO.

ños han sabido elegir un buen sitio, un sitio fresco, con agua cerca, con sombra espesa y venteada, y espacios libres donde pasar la noche a la intemperie. Y a beber, y a bailar, a vivir. El forastero sigue sin saber qué sería de estos pueblos —de todos los pueblos— si en ellos no tuvieran el aliciente de una romería, una procesión, unas fiestas patronales.

Cala, como tantos otros pueblos, necesitaría inventar, si no la hubiera heredado, una tradición festiva y religiosa. Parece que el sur se siente más cumplido cuando su vino, su baile, su comida y su convivencia tienen las *bendiciones* de un santo. Es así en todas partes. Y aquí no iban a ser menos.

*Café pub clave de sol.* Clave de sol, sol que se clava. Por la acera, una mu-

paraguas, y el forastero recuerda a un paisano suyo, cuando el forastero era niño, al que vio pasar un mediodía de fuego bajo un paraguas. El forastero, niño, le preguntó a su madre si aquel hombre estaba loco, porque iba bajo un paraguas. El hombre se enteró, se dio la vuelta y, sonriendo, le contestó al chavalín: "No estoy loco, hijo. Está lloviendo. ¿No lo ves? Llueve sol".

La vida daba el forastero por aquel paraguas y aun por el de esa señora. Clave de sol. Cuando enfila el camino de vuelta, el forastero, aunque nunca lo cuenta, siente envidia de los cochinos que, tendidos en una larga siesta, disfrutan de la sombra de unos alcornosques en la dehesa. ¡Parece mentira!

# La céntrica *playa* cercada

## CAÑAVERAL DE LEÓN

Mancomunidad de Municipios  
Sierra Minera

### Al forastero

le suena, con son de frío y aceitunas de molino, el nombre de Cañaverál de León. Y le suena extremeña, aunque no lo fuera cuando la conoció. De Cañaverál venían los camiones cargados de aceitunas para la almazara que tanto supuso en la vida del forastero. Cañaverál de León. Sierra huelvana al norte, donde el olivo se alterna con la encina y hay llanos que parecen campiña y montes que suben de pronto

para enfriarle el alma a la piedra y aun al aire.

Extremeña hasta el primer tercio del XIX, Cañaverál de León fue una de las cinco villas que formaron la Encomienda Mayor de León, la encomienda que perteneció a la poderosa Orden de Santiago, encomienda fundada en Cáceres por el Rey leonés Fernando II, a principios del siglo XII. Una orden, la de Santiago, concebida, sobre todo, para luchar contra el invasor musulmán. El nombre de Santiago va unido a su alias, Matamoros, allá don el símbolo del hijo del Zebedeo dejara alta su Cruz característica, la misma que tanto se prodiga por muchos pueblos extremeños y aun andaluces.

Cinco villas formaban esta Encomienda Mayor de León: Cañaverál, Ca-

lera, Segura, Fuentes y Arroyomolinos, todas nombradas después con el *apellido de León*. Y es que cuando el Rey leonés, el mencionado Fernando II, inicia, con decisión, la conquista de este extremo suroeste de la península, se da cuenta de que necesita afianzar cada ocupación. Y crea unas fuerzas que al par que atacaran sirvieran de vanguardia defensiva de las plazas fronterizas recién conquistadas, o sea, que las tropas lo mismo le servían al Rey para un roto que para un descosido. Para colmo, las plazas recién conquistadas se convertían, inmediatamente, en plataformas de ataques. No desperdiciaba una el monarca. Para esto nace la Orden de Santiago, que, afincada en estas tierras, llegó a tener un gran dominio manifiesto, tanto territorial como económico. Así andaba el poder agareno, que se las pelaba huyendo de la Orden del Caballero de Cristo.

Esta *Encomienda*, a su vez, estaba dividida en dos partidos, el de Llerena y el de Segura, y al primero, al de Llerena, pertenecía Cañaverál, aunque pertenecía a la jurisdicción de la villa de Fuentes de León. Pero Cañaverál fue tan fiel al Rey que éste le concedió categoría de villa el 30 de diciembre de 1588. Ya tenía jurisdicción propia, y Concejo propio, con sus alcaldes, su justicia y su regimiento. Se rompían los vínculos con Fuentes de León. Mucho más tarde, a finales de 1833, tras el proceso de delimitación y afianzamiento del territorio de la actual provincia de Huelva, Cañaverál de León entra a formar parte del entorno de la Sierra de Huelva. No fue fácil convencer al pueblo, tan arraigado a sus orígenes extremeños, tan identificado con los vínculos heredados de Extremadura. Tenía que integrarse a una provincia demasiado ajena, con la capital a más de ciento treinta kilómetros. Pero acabó accediendo. Más dura fue la actitud de resistencia de la vecina Arroyomolinos de León, que en nada estaba dispuesta a romper con su naturaleza y su historia extremeñas.

También hay limpieza en Cañaverál de León, y silencio, calles desiertas, y

U

cuando una mujer va a salir de su casa, al ver al forastero tomando algunas fotos y anotando en su cartera algún detalle del caserío, la mujer vuelve a entrar y cierra la puerta con dos golpes —se oyen— de llave.

Calle-plaza La Fuente. El suelo, más que empedrado, parece sembrado de chinias. Alineados en calles, los cantos rodados trazan un artesano suelo, bellísimo, duro, que brillará cuando la lluvia caiga, más rota que si cayera sobre tierra, en los días de invierno cerrados en temporal. En la calle-plaza de La Fuente, una casa en construcción, una casa de traza hermosísima, cuatro ventanales, un balcón central y dos puertas, dos plantas, y un nombre, La Fuente, que destaca en un azulejo en la fachada. Al lado de esta casa, en un rincón, un brocal, de un pozo de ayer o de un pozo en uso. Y en el centro, sirviendo de rotonda entre la carretera que sigue y la calle La Fuente, la fuente que le da nombre al sitio, la Fuente Redonda. Una fuente baja, como un circo por debajo del nivel de la calle; circular, con una gran boca de entrada y otra tan grande de salida. El agua llega allí desde los secretos manantiales que andarán pueblo adentro, llenarán la fuente —ahora no suena nada ni corre nada; o es sequía o control de los manantiales— y el rebose de ésta se va —se ve por la orilla de la calle-carretera adelante hasta *La Laguna*, la gran playa urbana de los cañeteros, una alberca descomunal —puede medir, aproximadamente, unos trescientos metros cuadrados—, un comienzo en alto que va bajando hasta alcanzar una profundidad de más de metro y medio.

Dicen los paisanos que en verano es un placer único tomar una copa y un baño al mismo tiempo, un lujo impensable en plena plaza de un pueblo serrano. Cuando el forastero le pregunta al paisano qué sistema de depuración tiene la alberca, el paisano lo explica sin titubeos: “el agua no para de entrar ni de salir, luego nos bañamos en una corriente. Para qué más depuración”. Lleva razón. El forastero recuerda que así

huerta de unos familiares, y recuerda, con repelucos en la piel de la memoria, lo fría que estaba el agua recién sacada de la honda *mazmorra* del pozo.

Las aguas que rebosan de la alberca, de *La Laguna*, van a las huertas bajas que se asientan en el valle. Baja empedrada, como tantas, una calle que no deja de ser campo todo el camino, ni pueblo. Baja y se alarga hasta acabar en un blancor distinto: el cementerio. Otra *laguna*, de silencio, esta vez, el último descanso de la vida. Pero no impone este cementerio: parece una huerta más de las que se recuestan en esta parte del pueblo que baja. Una huerta de nombres idos, una huerta de nombres que fueron, una huerta de cañeteros que le dieron alguna vez a este pueblo el nervio humano del trabajo y el amor, la palabra y la fiesta.

*La Laguna* se extiende ante las puertas del Ayuntamiento, un Ayuntamiento que parece de nueva construcción, ante el que parecen hacer guardias unos cipreses, o quién sabe si los cipreses son ya el primer aviso de que se toma el camino del cementerio. Más no huele a muerte en todo el pueblo. Silencio, poca gente, pero es un silencio vivo. Las calles, desde luego, limpias, relucientes, como si fuera a pasar ahora la procesión de Su Majestad. Parece que acaban de darle una mano de cal al pueblo. Y, en alguna calle, una mano de memoria. Al forastero le extraña, y le alegra, ver un azulejo en una calle, una hermosa calle, además, no sabe el forastero si el azulejo nombra la calle o sólo honra la memoria del personaje: *Maestro nacional Don Carmelo Romero*. Y allí está dibujado, de perfil —cara de bueno, tímido bigote—, el maestro nacional que debió de hacer mucho por el pueblo.

Antes de llegar a esta calle, un nombre que recuerda la Encomienda Mayor de León: Calle Cinco Villas. Todo limpieto, todo como si estuviera acabado de hacer, todo para pasar revista. Balcones y ventanales, casapuertas y zaguanes, delanteras, fachadas, tejados,

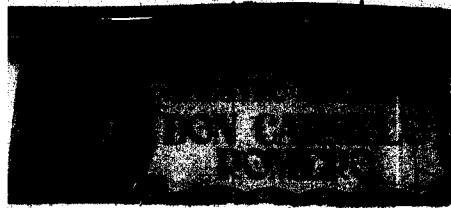
LUZ.

al forastero le extraña que el edificio religioso que queda entre la calle Cinco Villas y el azulejo al maestro nacional, la muy retocada iglesia de Santa Marina —origen del siglo XV—, no tenga ese mismo blancor, asome yerbajos en su tejado y algunos desconchados mancillen la fachada. Una fachada, por otra parte, que no es un dechado de arquitectura, sobre todo en el discutido gusto de quien decidió colocarle esos ladrillos rojos adornándolo —lo de adornándolo se supone—, y mucho mejor hubiera estado en su estado natural, todo en blanco, que hace gracioso ese aire de coqueta capilla urbana coronada de espadaña —curiosamente, unas espadañas, pero plantas, figuran en el escudo de Cañaverale de León— donde lucen graciosas dos campanas desiguales en huecos mellizos y, más arriba, una campanita que deberá de sonar con voz de





TAPIA. FUENTE. AZULEJO.



TORRE FACHADA. AZULEJO.

sia de Santa Marina, a pesar de todo.

Bajando, en la calle de En medio encuentra el forastero, primero, una esquina *asaeteada*, quiere esto decir que en el chaflán de una esquina encuentra un azulejo del patrón de Cañaveral, San Sebastián. Y al subir la calle –todas las calles preciosamente soladas de cantos-, otra calle, tan blanca y tan hermosa, calle don Mariano Navarro, y en ella, una casa espectacular, el número 7, por sencilla, por elegante, por sobria, por justa, cuatro ventanas –dos arriba, a modo de balcones cerrados-, un balcón sencillo, una portada hermosísima y, arriba, sobre el balcón, la gracia de un medio punto rebajado por donde corre, siguiendo el dibujo, una canal de zinc con dos gárgolas donde acaba el arco, que le da a la calle una vejez andaluza de siglo XIX.

En la calle de En medio, un detalle precioso: una torre de reloj con un

magnífico reloj –¡y en hora!– y un precioso detalle de forja, un adorno que tendría que estar más a la vista. Y unas casas más allá, en el número 5, otra vez la sobriedad, el buen gusto, la sencilla belleza del caserío; esta vez, además, con el añadido de las flores. Otra fachada blanca, tres balcones abiertos y cuajados de geranios, dos ventanales custodiando la portada, otra canal de cinc y otras dos gárgolas, y la luz del sur reverberando, tan orgullosa.

Dice el paisano –ya ha empezado a hacer calor– que a ver si venimos a ver las fiestas. A la romería de Santa Marina, la patrona, en julio, y, en junio, más Santa Marina, las fiestas de la mártir. También aquí en Cañaveral de León encontraremos danzantes, hermanos en casi todos de los de Hinojales; hermanos en camisa con volantes, en gorro anular, y, aunque no lo sabemos, quizá también en el son de su música. Si venimos en

romería habrá que ir a la ribera de Montemayor. Campo, campo, campo y fiesta. Caballos y baile. Si venimos a la fiesta de la patrona, a la procesión y al baile. Y si venimos en Carnaval, que también nos lo aconsejan, a vivirlo como lo viven los cañeteros.

No obstante, al forastero le gustaría venir una noche de verano y vivir una velada en *La Laguna*. Hay detalles que te dan el alma de un pueblo. Y aquí parece que ese detalle es el agua que corre por el pueblo como su arteria principal. Será divertido venir. Quizá venga. Cañaveral de León le suena mucho al forastero en la memoria lejana. Y, desde ahora, le suena, bajo los pies, al empedrado más hermoso que ha sonado por un pueblo en paz, abierto, callado, blanco y limpio como el sueño de un niño en gracia de Dios...

# Un pueblo con dos cuerpos

## CORTECONCEPCIÓN

Mancomunidad de Municipios  
Ribera de Huelva

### Hace cuarenta años

que el forastero, chaval apenas, vino a Corteconcepción. Era invierno, época de aceitunas de molino, y vino con un amigo cuyo padre, transportista, tenía que recoger aceitunas en varios pueblos de la Sierra. Recorrieron varios pueblos en aquel camión, y de aquel viaje, dos nombres recuerda el forastero, Los Marines y Corteconcepción. Y de Corteconcepción, un recodo, una panadería, una panadera, muchacha

como él, hermosa y tímida, y recuerda que hubo un entendimiento de ojos adolescentes. Más de una vez, cuando el forastero recordaba la Sierra, se acordaba de aquella muchacha panadera y hermosa. Si vive aquí, el forastero la vería pasar, madre y madura, y sería no sólo incapaz de reconocerla sino de asociarla a la imagen que le quedó de aquella muchacha.

¿Vendría a lavar aquí, al lavadero de Puerto Gil, la ropa de su ajuar de novia? Alta, una fuente con un pequeño obelisco, piedra gastada y ennegrecida, de tan vieja, taza baja, en pilar, y abajo, alineados, una docena de lavaderos bajo techo. El agua no está. Quizá se fue en el último enjuague, huertas abajo, campo adentro, adonde nadie sabe. Los la-

vaderos públicos de la provincia de Huelva señalan puntos de abundancia de agua, y forman parte ya de la monumentalidad, o, al menos, de un catálogo quizá no escrito de los edificios interesantes. El forastero tiene en su casa láminas de doce, catorce fuentes de la provincia de Huelva. Las pintó, trazo paisano que sabe del agua y de lo que pinta, pincel mojado al tiempo en los manantiales y en la paleta, José María Franco, su entrañable amigo de Aracena, artista que ha continuado en su hijo, Alberto Germán Franco, un escultor que tiene más obras que años, que empuja fuerte en el terreno de su especialidad, que mucha Sierra tiene ya su bronce perpetuado.

En las láminas de los cuadros de José María Franco el agua está quieta —aunque la gracia del trazo le haya dado vida y parezca moverse—; aquí ni siquiera está quieta, no está. Y la mudez del agua es la mudez de la tierra. Si esta fuente del barrio de Puerto Gil —Corteconcepción tiene dos barrios, Puerto Gil y La Corte- cantara, otro sería el día. Un día que se estrella de luz en las paredes, que callejea luminoso el pueblo y va señalando sombras, casapuestas, callejas que dan al campo —qué hermoso misterio encierran las callejas que dan al campo, esas callejas híbridas, que si pueblo, que si campo—, paredes de piedras y plazoleas íntimas.

Frente a la fuente de Puerto Gil tiene una casa que parece un museo o una tienda una mujer rubia y resuelta, amable y simpática, viva, con la cara despejada como un día claro. María Auxiliadora es una salmantina que tiene ya tres cuarterones de serrana. Su marido murió en un accidente de circulación y ella decidió vivir aquí, en este remanso. Montó su matadero, sus hijos llevan el negocio con ella, y de todos los recuerdos que fue encontrando —comprados, regalados— fue llenando la casa, adornándola, hasta el punto de que cualquier curioso —el forastero incluido— llame a la puerta creyéndola una tienda de recuerdos. Sí, es una tienda de recuerdos, pero una tienda íntima. El foraste-